

# Unidad 5

5.1 Importancia de la idea de objetividad en historia

- ¿Puede ser Objetiva la Historia?

5.2 Enunciado preliminar del problema

5.3 Factores que contribuyen al desacuerdo entre historiadores

5.4 Escepticismo histórico

5.5 Teoría de la perspectiva

5.6 Teoría de la conciencia histórica objetiva

## ¿PUEDE SER OBJETIVA LA HISTORIA?

### 1. IMPORTANCIA DE LA IDEA DE OBJETIVIDAD EN HISTORIA

No obstante la extensión de los estudios que preceden, no podemos pretender haber hecho más que rascar la superficie del problema de la verdad histórica. Pues aunque hemos argumentado (o quizá sólo enunciado) que la verdad acerca del pasado puede ser en principio alcanzada por el historiador, hasta ahora no hemos dicho nada de las numerosas dificultades que podría esperarse que impedirían esa consecución en la práctica. Para estudiar esas dificultades tenemos que examinar un asunto que al autor le parece a la vez el más importante y el más desconcertante de la filosofía crítica de la historia: el problema de la objetividad histórica.

Acaso pueda ser útil que trate de mostrar por qué pienso que este problema es de importancia central para la filosofía de la historia. El hacerlo implicará un enfoque un tanto tortuoso y, según temo, mucha repetición de lo que ya se ha dicho. Pero quizá se perdone si sirve para aclarar un punto decisivo.

Nuestro interés principal en los capítulos anteriores de este libro fue examinar la naturaleza del pensamiento histórico y determinar la situación de la historia frente a otras ramas del saber y otros tipos de actividad humana; en particular nos ocupamos de la cuestión de sus relaciones con las ciencias naturales. El problema nos es impuesto por dos lados a la vez. Por una parte, tenemos los alegatos de los filósofos positivistas según los cuales dichas ciencias son las únicas depositarias del saber humano, alegato que, si es aceptado, haría de la historia algo diferente de una actividad cognoscitiva; por otra parte,

tenemos la sugerencia, expuesta por ciertos filósofos idealistas que tienen (así como no la tienen la mayor parte de los positivistas) una experiencia de primera mano del trabajo histórico, de que la historia tiene derecho a figurar al lado, si no por encima, de las ciencias naturales, de que es una rama autónoma del saber, con contenido y métodos propios, de donde resulta un tipo de conocimiento que no es reductible a ningún otro. Las dos posiciones se oponen agudamente la una a la otra, y la necesidad de examinarlas es de la mayor urgencia cuando tomamos nota de la afirmación hecha algunas veces (por ejemplo, por Collingwood) de que la aparición de la historia como disciplina autónoma es el rasgo distintivo de la vida intelectual de la época presente. Si esa pretensión tiene algún contenido es evidente que los filósofos que siguen ignorando la historia están faltando notoriamente a su cometido.

Ahora bien, en conjunto los resultados de nuestros estudios previos nos obligan a simpatizar con la opinión idealista y no con la positivista sobre la situación de la historia. Dijimos en el capítulo 2 que la historia más bien está coordinada con la ciencia natural que con la simple percepción, y en el capítulo 3 vimos las razones para rechazar la equiparación del pensamiento histórico con el pensamiento de sentido común. En el mismo capítulo sostuvimos que la explicación histórica implica ciertas características que parecen peculiares de ella. Es cierto que rechazamos la pretensión de que los historiadores pueden alcanzar el conocimiento concreto de un hecho particular mediante el ejercicio de alguna forma única de aprehensión intuitiva: definir la historia, como se hizo en ocasiones, como la "ciencia de lo individual\*" parecía carecer de interés y ser insostenible. Pero aunque destacamos el funcionamiento en el pensamiento histórico de generalizaciones tomadas de otras disciplinas y la mayor parte de las veces no hechas explícitas

por el historiador, sin embargo continuamos dispuestos a admitir la opinión de que la historia *es* una rama autónoma del saber y por lo tan (o una especie de ciencia por derecho propio).

Pero antes de que podamos definitivamente adherirnos a la afirmación de que la historia es una verdadera ciencia, en el sentido más amplio de la palabra, tenemos que afrontar una dificultad a la que nos referimos anteriormente pero que dejamos a un lado: saber si, y en qué sentido, pueden los historiadores alcanzar un conocimiento objetivo.

En un capítulo anterior (pp. 37-8) se indicó que la objetividad es una de las características que, de acuerdo con la creencia común, tiene que estar presente en todo conocimiento que pretenda jerarquía científica. Y al definir como "objetivas" un *coryus* de proposiciones en este contexto, queremos decir que son tales que justifican su admisión por todos cuantos las investiguen seriamente. Así, decimos de los resultados de un trozo particular de trabajo en física que constituyen una aportación al conocimiento científico cuando pensamos que *todo* físico competente que repita el trabajo llegará a aquellos resultados. El *quid* de nuestro dicho es subrayar el carácter universal del pensamiento científico: el hecho de que es imparcial e impersonal, y en consecuencia comunicable a otros y capaz de repetición. Que el pensamiento de las ciencias naturales alcanzó esta especie de objetividad en grado elevado, de suerte que normalmente podemos esperar que dos o más científicos competentes que partieron del mismo hecho llegarán a los mismos resultados, es un hecho sorprendentemente evidente. Qué es lo que lo hizo posible es otro asunto.

No puedo emprender aquí un detallado estudio del concepto de objetividad en las ciencias naturales, y en consecuencia debo limitarme sólo a indicar dogmáticamente que hay que buscar su fundamento no tanto en el hecho de que esas ciencias estudian

un objeto Independiente, el mundo físico, sino más bien en que cada una de ellas creó un modo uniforme de pensar acerca de su materia. En toda etapa del desarrollo de una ciencia, sus representantes están más o menos de acuerdo sobre los supuestos básicos que tienen que hacer sobre su material y los principios directivos que tienen que adoptar al tratarlo. Los principales supuestos previos del pensamiento de la física, por ejemplo, los comparten todos los físicos, y pensar científicamente sobre cuestiones físicas es pensar de acuerdo con ellos. Y ésta es, en todo caso, una de las cosas que dan validez general a las conclusiones de los físicos: no dependen en ningún sentido importante de las idiosincrasias personales ni de los sentimientos privados de quienes llegan a ellas, sino que se alcanzan mediante un proceso en el que se hace completa abstracción de esas cosas.

No hay que interpretar mal estas observaciones. Al hablar de que las ciencias naturales crearon cada una de ellas un modo uniforme de pensar sobre su materia, no debe creerse que insinuó que cada una de ellas tiene un conjunto de supuestos previos fundamentales e invariables que puede ver claramente todo el que trabaja en la materia. Semejante sugerencia chocaría con los hechos manifiestos de que los principios de una ciencia sólo son imperfectamente captados por quienes la cultivan, y que dichos principios pueden ser abandonados o, por el contrario, desarrollados en el transcurso del tiempo. La interpretación apropiada de esos cambios es una cuestión de sumo interés, pero no podemos entrar en ella ahora. Y no es necesario hacerlo. Para el propósito de estimar la situación de las proposiciones de la historia basta observar que los modos uniformes de pensar en las ciencias naturales, de que hemos hablado, son admitidos en general en cualquier tiempo particular, de donde resulta

que los argumentos y las conclusiones de esas ciencias pueden reclamar la aceptación general en el mundo científico. La ciencia natural proporciona a conocimiento objetivo en este sentido importante. La cuestión que ahora tenemos que afrontar es si puede decirse lo mismo de la historia.

Lo que quiero decir (aunque pueda pensarse que es una petición de principio) es que si la historia ha de ser considerada una ciencia en cualquier sentido de la palabra, hay que encontrar en ella alguna característica que responda a la objetividad de las ciencias naturales. La objetividad histórica no puede ser exactamente de la misma especie que la científica, pero sin duda sería extremadamente paradójico que no tuvieran las dos nada en común. En particular, podemos esperar que el ideal científico natural de imparcialidad se refleje en el pensamiento histórico si ha de probarse que este pensamiento es filosóficamente respetable. Si no lo es, si puede decirse que las interpretaciones históricas valen sólo para este o aquel individuo, y aun para esta o aquella clase de individuos, entonces es probable por lo menos que el pensamiento popular retroceda ante la definición de la historia como una verdadera ciencia. Y los filósofos ciertamente tendrán causa para simpatizar en esto con el pensamiento popular, aunque la idea misma de verdad parezca implicar indiferencia para personas o lugares, aunque no, en el caso de las verdades factuales, indiferencia para el testimonio a base del cual éstas son logradas.

## **2. ENUNCIADO PRELIMINAR DEL PROBLEMA**

Teniendo presente estas consideraciones, volvámonos ahora hacia la historia misma y preguntémonos cuál es aquí la

situación. ¿Tienden los historiadores a la objetividad en algún sentido que se parezca al científico? ¿Esperan producir resultados que puede esperarse que acepte cualquier otro investigador que haya partido del mismo testimonio?

No es fácil dar una contestación inmediata a estas cuestiones, porque los hechos no son simples. Es cierto, sin duda, que historiadores de autoridad están unidos para exigir una especie de imparcialidad e impersonalidad en el trabajo histórico: el escrito histórico en que argumentos y conclusiones son tergiversados para acomodar» los a los prejuicios personales o a fines de propaganda del autor son universalmente condenados como malos. Como quiera que sea, los historiadores consideran la verdadera historia distinguible de la propaganda, y se diría que tiene validez objetiva precisamente por eso. Pero el asunto ofrece otra faceta. Una de las cosas que más sorprende al profano cuando piensa en la historia es la pluralidad de explicaciones divergentes que encuentro del mismo asunto. No sólo es cierto que cada generación encuentra necesario reescribir las historias escritas por sus predecesores; en cualquier punto dado de tiempo y de lugar se dispone de diferentes y manifiestamente« incongruentes versiones de la misma serie de acaecimientos, cada una de las cuales pretende dar, si no toda la verdad, todo lo que, en todo caso, puede alcanzarse ahora de ella. Las interpretaciones de un historiador son rechazadas con indignación por otro, y no se ve cómo conciliarlos, ya que las disputas no son mera\* mente técnicas (sobre la interpretación correcta del testimonio), sino que más bien dependen de concepciones previas decisivas que en este caso no son de ningún modo universalmente compartidas.

Parece de esto que actúa en el pensamiento histórico un elemento subjetivo diferente del que puede encontrarse en el pensamiento científico, y que ese factor limita o altera el

carácter de la objetividad que pueden esperar alcanzar los historiadores. Y es importante *señalar* que la sugerencia no la rechazan necesariamente los historiadores mismos. Cualquier cosa que puedan haber pensado sus predecesores hace cincuenta años, parece indudable que hoy muchos historiadores se sentirían incómodos si se les pidiese que se librasen de toda concepción previa particular y enfocasen los hechos de un modo completamente impersonal. Tender a la impersonalidad de la física en historia, dirían, es producir algo que no es historia en absoluto. Y respaldarían su afirmación arguyendo que toda historia está escrita desde cierto punto de vista y sólo desde ese punto de vista tiene sentido. Elimínense todos los puntos de vista, y no quedará nada inteligible, del mismo modo que no tendrá usted nada visible si se le pide que mire un objeto físico, pero no desde un particular punto de vista.

Este argumento que, según creo, es importante, puede reforzarse con nuevas consideraciones. Un concepto extremadamente prominente en el pensamiento histórico es el de *selección*. La historia es selectiva por lo menos en dos sentidos, *a)* Todo trozo real de escrito histórico es departamental, ya que un historiador particular sólo puede concentrar su atención sobre un aspecto o un conjunto limitado de aspectos del pasado, y esto es cierto por amplio que sea el campo de sus intereses. Trazar un cuadro concreto de vida tal como fue vivida en el pasado puede ser, como dijimos antes, el ideal de la historia, pero si lo es, es un ideal al que ningún historiador puede hacer más que una contribución limitada. Y *b)* ningún historiador puede narrar todo lo que ocurrió en el pasado aun dentro del campo que elija para su estudio; todos tienen que seleccionar algunos hechos para destacarlos de un modo especial e ignorar otros £0\* completo. Para decirlo con la mayor llaneza, los únicos hechos que encuentran camino hacia los libros de historia son los que tienen

cierto grado de importancia. Pero la idea de lo que es importante en historia es doblemente relativa. Se refiere *a)* a lo que sucedió independientemente de lo que piense alguien ahora, pero también *b)* a la persona que juzga su importancia. Y al tratar de ella no podemos eliminar por completo el segundo factor, como puede advertirse si se piensa que cada historiador evidentemente lleva a sus estudios un conjunto de intereses, creencias y valores que indudablemente va a ejercer alguna influencia sobre lo que él considera importante.

Sería bastante fácil en esta etapa imponer la conclusión de que la historia es radical y viciosamente subjetiva, y a la luz de esto anular sus pretensiones de ser científica en cualquier sentido de la palabra. Pero semejante proceder sería, me atrevo a decir, demasiado excesivamente simplista. La idea de un "punto de vista" en historia, de la que hemos venido tratando, necesita evidentemente de escrutinio crítico, y es difícil sin analizarla formular una opinión sobre nuestro tema satisfactoriamente. Por lo tanto, me propongo en este momento dar al estudio un giro más concreto y preguntarme qué es en particular lo que lleva a los historiadores a estar en desacuerdo. Este procedimiento tendrá la ventaja de permitirnos plantear la pregunta "¿puede ser objetiva la historia?" en su verdadera perspectiva, distinguiendo varios niveles en que se plantea. Pues si algo está claro en las interminables discusiones populares sobre el prejuicio en historia, es que pueden entrar en el pensamiento histórico diferentes tipos de factores subjetivos, y que algunos de ellos constituyen para la filosofía un problema mucho más grave que otros. El estudio que sigue nos preservará por lo menos de hacer una pregunta ambigua para la que se espera una sola respuesta cuando no puede dársele ninguna.<sup>1</sup>

---

1 FACTORES QUE CONTRIBUYEN AL DESACUERDO ENTRE LOS

### HISTORIADORES

Creo que los principales factores que realmente contribuyen al desacuerdo entre los historiadores pueden agruparse bajo los cuatro encabezados siguientes. En primer lugar, gustos y aversiones personales, ya hacia individuos, ya hacia clases de personas. El historiador A (Carlyle sería un ejemplo,) admira a los grandes hombres; el historiador B (por ejemplo, Wells), siente hacia ellos fuerte antipatía. En consecuencia, el historiador A hace girar todo su relato en torno a las ideas y acciones de su héroe, que presenta como decisivo para la historia de su época; el historiador B hace todo cuanto puede para vilipendiar las mismas acciones como (por ejemplo) turbias, insinceras, viciosas o ineficaces. Un segundo lugar, los prejuicios, o, para usar una palabra menos viva, los supuestos asociados a la pertenencia del historiador a determinado grupo; por ejemplo, los supuestos que hace como perteneciente a esta o aquella nación, rara o clase social, y también como creyente de esta o aquella religión. En tercer lugar, teorías antagónicas de interpretación histórica. El historiador A es marxista y ve la explicación definitiva de todos los acontecimientos históricos en la acción de factores económicos; el historiador B (Bertrand Russell es un ejemplo) es pluralista y se niega a aceptar un solo tipo de factor causal como decisivo en la historia. Aunque de acuerdo con algunas conclusiones marxistas, hay otras que no puede decidirse a aceptar. En cuarto lugar, creencias morales, concepciones de la naturaleza del hombre o, si se prefiere la palabra, *Weltanschauungen*, fundamentalmente distintas. La influencia de este último grupo quizá se advierta de la manera más fácil en los diferentes resultados producidos por quienes enfocan la historia con un fondo de ideas cristianas y quienes la

---

enfocan de un modo "racionalista" en el sentido del siglo XVIII.

Sin entrar a investigar la adecuación ni la cabalidad de esta clasificación, pasaré, inmediatamente a hacer algunas observaciones sobre cada uno de los cuatro grupos e factores, con vistas a determinar, si es posible, el que reclamaría nuestra especial atención en el presente estudio.

a) *Tendencia personal*. La posición respecto de este caso es, según pienso, relativamente simple. Hay, desde luego, muchas pruebas, de la influencia de los gustos y las aversiones personales tanto en los juicios que los historiadores hacen como (cosa aún más importante) en su presentación general de los hechos, pero, de todos modos, es dudoso que podamos considerar tendencias de este tipo como un serio obstáculo para la consecución de la verdad objetiva en historia. Y es dudoso por la sencilla razón de que todos sabemos por experiencia propia que este tipo de tendencia puede corregirse, o en todo caso descartarse. Una vez que hayamos reconocido nuestra propia parcialidad, como indudablemente podemos hacerlo, nos ponemos en guardia contra ella, y siempre que seamos suficientemente escépticos no tiene por qué provocar más temores. Y sostenemos que los historiadores debieran librarse de prejuicios personales y condenar a los historiadores que no lo estén. Un reproche común a Tucídides es, por ejemplo, que su antipatía a Cleón lo llevó a dar una exposición inexacta de la historia política de su tiempo. No podía impedir sus sentimientos hacia el hombre, pero no debió llevarlos a su historia. Lo mismo podría decirse, *mutatis mutandis*, de casos en que el objeto del entusiasmo o la aversión de un historiador es toda una clase de individuos; clérigos, científicos, alemanes, por ejemplo. La antipatía de Wells por todas las figuras militares notables en su *Outline of History* es universalmente condenada como

mala historia precisamente por eso.

b] *Prejuicio de grupo*. En principio puede darse la misma explicación de los factores que caen dentro de este encabezado que de los de la primera clase, aunque con ciertas reservas importantes. Las reservas nacen en primer lugar del hecho manifiesto de que los supuestos que hacemos como individuos de un grupo son menos fáciles de descubrir y, por lo tanto, de corregir, que nuestros gustos y aversiones personales. Son más sutiles y difusos en su actuación, y precisamente a causa de su general aceptación en el grupo sentimos menos el apremio de hacernos conscientes de ellos y de vencerlos. 1 lay, además, una dificultad acerca de algunos de los factores de esta clase que no se encuentran en absoluto en la primera. Nuestros gustos y aversiones personales descansan primordialmente en nuestros sentimientos, pero se pretenderá que algunos de los supuestos de nuestro grupo son por completo de otro carácter; tienen una justificación racional y, por lo tanto, no son estrictamente cuestión de prejuicio, sino de principio. Todos diríamos, por ejemplo, que las opiniones religiosas de un individuo no deben influir en su historia hasta el punto de incapacitarlo para hacer justicia a las acciones de hombres que no las compartieron; pero muchos añadirían que sería absurdo requerirlo a prescindir de ellas por completo en lo que escribe. La defensa de esta opinión descansaría sobre la tesis de que, a pesar de muchos supuestos fáciles sobre este punto, las creencias religiosas no son sólo evidentemente producto de un prejuicio irracional, sino que pueden sostenerse como asunto de convicción personal. Y si es así, no sólo es inevitable sino perfectamente correcto que ejerzan influencia en el pensamiento del historiador.

No deseo discutir este caso particular por él mismo, sino sólo tratar el teína general. Pero su existencia no debiera comprometer nuestra tesis principal sobre esta clase de factor

subjetivo, que podemos enunciar del modo siguiente. Los supuestos que hacen los historiadores como (por ejemplo) patriotas ingleses, proletarios con conciencia de clase o firmes protestantes, deben ser tales que puedan justificarse sobre bases racionales, o deben ser excluidos de sus historias. Y todos creemos posible la exclusión, por lo menos en principio. Defender esto no es otra cosa que defender como posible el pensamiento racional, que nuestras opiniones pueden ser tan fundamentadas como causadas, lo cierto que tal pretensión podría ser rechazada hoy en muchos círculos: los marxistas y los freudianos nos han enseñado torios, en sus diferentes maneras, a buscar causas no racionales para ideas y creencias que a primera vista parecen perfectamente racionales, y han convencido a algunos de nosotros de que el pensamiento racional en cuanto tal es una imposibilidad. Pero aunque no podemos (ni debemos) retornar a la ingenua confianza de nuestros abuelos en estas materias, no por eso debe dejar de señalarse que no puede defenderse aquí la actitud antirracionalista sin incurrir en contradicción. No sólo socava las teorías que desaprueban sus defensores, sino también a sí misma. Porque nos exige que creamos, como materia de convicción racional, que la convicción racional es imposible. Y eso no podemos hacerlo.

c] *Teorías antagónicas de interpretación histórica.* Por teoría de la interpretación histórica entiendo una teoría de la importancia relativa de diferentes clases de factor causal en historia. Es bastante claro que los historiadores emplean esas teorías aunque no las formulen explícitamente, así como que no hay acuerdo entre ellos acerca de cuál de las teorías posibles de esta clase es la correcta. Las teorías antagónicas de interpretación histórica son, pues, una fuente importante de desacuerdo histórico. Y a primera vista por lo menos presentan un problema más serio que las dos clases de factor subjetivo que

hemos examinado hasta ahora. Hemos sostenido que los historiadores pueden, si se esfuerzan en ello, vencer los efectos de la tendencia personal y del prejuicio de grupo. Pero no podemos proponer la misma solución de las dificultades que ahora encontramos diciendo que el historiador prescinda de toda teoría de interpretación histórica, pues ha de tener alguna de esas teorías si ha de dar algún sentido a los hechos.

Muy bien se nos puede decir en este momento que nuestras dificultades son más imaginarias que reales, porque una teoría de la interpretación histórica, si ha de pretender alguna justificación, debe ser una hipótesis empírica bien fundada, basada en un atento estudio de los hechos reales de cambio histórico. Si una teoría así <sup>2</sup> no ha ganado todavía universal aceptación, sólo es cuestión de tiempo que alguna lo logre, y cuando lo haga desaparecerá esta fuente particular de desacuerdo. Pero no es seguro de ningún modo que pueda sostenerse esta actitud optimista. Realmente, la paradoja de la situación está precisamente en esto: que mientras los que formulan teorías amplias de esta suerte creen derivarlas de los hechos, las sustentan con más confianza que si fueran meras hipótesis empíricas. Están dispuestos a defenderlas aun ante pruebas desfavorables, para concederles la jerarquía no tanto de hipótesis como de verdades reveladas. La conducta de los marxistas en relación con el materialismo histórico es el mejor ejemplo de este caso, pero podrían encontrarse conductas paralelas a ella en otras escuelas.

¿Cuál es la fuente de la obstinada convicción con que son sustentadas o rechazadas las teorías que hemos mencionado? En

---

<sup>2</sup> Entre otros que nos piden que incurramos en la misma falacia figuran los psicólogos behavioristas y ciertos sociólogos modernos (por ejemplo Mannheim). Para una tajante crítica de este último véase *Oyer Society*, del Dr. Popper, cap. xxii, - '1. n, pp. 200 ss.

muchos casos es poco más, sin duda alguna, que un prejuicio vulgar. Una teoría particular nos parece atractiva o repulsiva tanto emocional como intelectualmente, y nuestra actitud hacia ella es, por lo tanto, menos la de un observador imparcial que la de un bándero. Nuestra razón definitiva para aceptar o rechazar una teoría es que *queremos* que sea verdadera o falsa. Pero no está claro que este tipo de explicación abarque todos los casos, y seguramente no la admitirán los marxistas sofisticados, por ejemplo. El materialismo histórico —dirían— aunque no simplemente fundado en los hechos, no por eso es menos capaz de defensa racional, porque podemos demostrar que está enlazado a cierta concepción de la naturaleza humana y de su relación con el ambiente, filosofía general cuya verdad está confirmada en muchos campos. A esa filosofía apelan implícitamente los marxistas en el curso de su trabajo histórico, y es sobre su validez sobre la que en definitiva tiene que descansar el valor de sus interpretaciones.

Si esto es correcto, parece que el antagonismo entre diferentes teorías de interpretación histórica no plantea problemas especiales para nuestros propósitos. Sin duda, es una poderosa fuente de desacuerdo entre los historiadores, pero el centro del desacuerdo, cuando no puede encontrarse en el simple prejuicio, hay que buscarlo en concepciones filosóficas diferentes. El examen de esta tercera clase de factor subjetivo nos llevará, en consecuencia, directamente al estudio del cuarto grupo, al cual me dedicaré sin dilación.

d) *Conflictos filosóficos subyacentes.* Como el título mismo de esta sección será visto con suspicacia por personas recelosas, debo empezar por tratar de especificar más plenamente qué factores caen dentro de este grupo. Pienso, para decirlo sin rodeos, en las creencias\* morales y metafísicas. Con la primera palabra es mi intención referirme a los juicios decisivos de valor

que lo» historiadores llevan a su comprensión del pasado, y con la segunda a la concepción teórica de la naturaleza humana y su lugar en el universo con la que están asociados aquellos juicios. Estas dos series de creencias están, diría yo, estrechamente enlazadas entre sí, aunque no todos los que las sustentan son explícitamente conscientes de este hecho.

Lo que estoy sugiriendo es que los historiadores enfocan el pasado cada uno con sus propias ideas filosóficas y que esto tiene un efecto decisivo sobre su manera de interpretarlo. Si estoy en lo cierto, las diferencias entre historiadores son en definitiva diferencias de filosofía, y el que" podamos resolverlas depende de que podamos resolver los conflictos filosóficos. Pero muy bien puedo imaginarme que estas afirmaciones implican cierta violencia sobre la credulidad del lector: "¿Dice usted en serio —se me preguntará— que *todos* los historiadores llevan prejuicios morales y metafísicos a su obra, como si vieran el pasado a través de anteojos que no pueden quitarse? Y si es así, ¿no está usted confundiendo lo que es cierto de la historia sólo en un nivel tosco y anticientífico con lo que es cierto de toda historia? Sin duda puede demostrarse que prejuicios éticos, religiosos o, si usted quiere, metafísicos vician las obras históricas populares de todas clases; pero, ¿puede decirse lo mismo de los escritos de historiadores intachables? ¿No es manifiesto que el pensamiento histórico sólo puede ser efectivo en la medida en que el historiador olvida los puntos de vista éticos, religiosos y metafísicos de su tiempo y procura ver los hechos como los vieron aquellos individuos sobre los cuales escribe? ¿No debe interpretar el pasado, no según su propia concepción de lo que es o debiera ser la naturaleza humana, sino según las ideas sustentadas por quienes vivieron en la época que está estudiando? ¿Y no diferenciamos la buena y la mala obra histórica examinando hasta dónde hicieron precisamente esto los

historiadores particulares, viendo hasta dónde se libraron de sus preconcepciones y se esforzaron por ponerse en el lugar de las personas cuyas acciones refieren?”

Esta crítica tiene mucho sentido, evidentemente, pero aún dudo que sea totalmente efectiva. Hay, ciertamente, una diferencia de la clase indicada entre el buen y el mal trabajo en historia, diferencia que expresamos diciendo que el primero es "auténtico" y el segundo "carente de imaginación". El ejercicio de la imaginación es una ¡parte importante del pensamiento histórico, y consiste en procurar, hasta donde podamos, ponernos en el lugar de aquellos cuyas acciones estudiamos. Pero, como vimos antes, hay dificultades muy reales en sostener que el ponerse uno en lugar de otro sea un simple proceso intuitivo: más bien parece depender de la experiencia acumulada de la persona que lo realiza. Y cuando hablamos aquí de "experiencia" tenemos que reconocer que tampoco es ésta una palabra sencilla. Mi comprensión del mundo antiguo depende de lo que yo haya experimentado o asimilado de la experiencia de otros; pero, como se dijo en el capítulo 3, parece haber en toda esa experiencia un elemento subjetivo o *a priori* que yo mismo apporto. Cuando trato de ponerme en el lugar de un griego antiguo, o de un clérigo medieval, o de un padre Victoriano, para describir la historia del mundo antiguo o de la Iglesia medieval, o de la familia victoriana, sin duda tengo que dejar a un lado, hasta donde pueda, los prejuicios morales y metafísicos de mi propio tiempo. Pero no puedo escapar, si he de dar algún sentido a mi material, de hacer algunos juicios generales sobre la naturaleza humana, y en ellos encontraré mis propias opiniones manifestándose constantemente. Me sentiré involuntariamente disgustado por este acontecimiento y complacido por aquél, viendo inconscientemente esta acción como razonable y aquélla como lo contrario. Y por mucho que me diga a mí

mismo que evite mis prejuicios y me concentre en la comprensión de lo que realmente sucedió, no lograré cumplir esos requerimientos al pie de la letra, ya que la comprensión misma no es un proceso pasivo, implica juzgar las pruebas por principios cuya supone independientemente.

El punto de que estoy tratando aquí quizá sea más claro para algunos lectores si procuro conectarlo con los estudios clásicos sobre el testimonio histórico que se encuentran en el ensayo sobre los milagros de Hume (en su *Inquiry Concerning Human Understanding*) y en las *Presuppositions of Critical History* de Bradley. Ni a Hume ni a Bradley les interesaba toda la cuestión de la objetividad histórica: cada uno de ellos tenía en cuenta sólo el problema más limitado de si podemos creer historias de sucesos milagrosos. Aun así, sus conclusiones se relacionan estrechamente con el presente estudio. Hume dice, en efecto, que no podemos dar crédito a relatos de acontecimientos del pasado cuyo acaecer viole las leyes del mundo físico; Bradley, que presenta una conclusión muy parecida, dice que sólo podemos creer del pasado lo que tiene alguna analogía con lo que sabemos por nuestra propia experiencia. La presente exposición intenta ir más allá que Hume y que Bradley en dos puntos. En primer lugar, al decir que si aceptamos la fórmula de Bradley para la historia debemos entender por "experiencia" no simplemente la experiencia de la naturaleza física, sino también la experiencia de la naturaleza humana. X en segundo lugar, al sostener que dicha experiencia no es dada toda, sino que comprende además un elemento *a priori*.

i) El primero de estos puntos resultará bastante claro después de los estudios del capítulo 3, donde procuramos demostrar que hay generalizaciones acerca de la naturaleza humana que en definitiva están detrás de las explicaciones

históricas. Depende de la afirmación hecha allí de que el objeto propio de la historia son las acciones humanas del pasado. Si es así, es evidente que debemos tener algún conocimiento de la naturaleza humana para dar algún sentido a la historia.

ii) Pero la cuestión decisiva es qué clase de conocimiento necesitamos tener. Lo que sugiero aquí es que, aunque una gran parte del contenido de nuestra concepción de la naturaleza humana procede de la experiencia, y cambia al ampliarse nuestra experiencia, sigue siendo cierto que hay en ella un núcleo persistente al que no se llega de la misma manera. Ese núcleo persistente lo conecto yo con nuestras creencias morales y metafísicas. Cuando miramos al pasado, la comprensión que adquirimos de él depende primordialmente de la medida en que logremos identificarnos con los individuos de nuestro estudio, pensando y sintiendo como ellos pensaron y sintieron. Pero ni siquiera empezaremos a comprenderlo si no adoptamos algunas proposiciones previas sobre la naturaleza humana, si no aplicamos alguna noción «No que es razonable o normal en la conducta humana. Es aquí donde nuestro propio punto de vista ejerce su efecto y colorea la interpretación que damos.

Es indudablemente un buen consejo práctico a los historiadores decirles que adquieran conciencia de sus propios prejuicios morales y metafísicos, y se pongan en guardia contra la introducción de los mismos en su historia. Pero sacar de allí la conclusión de que los historiadores sólo tiene que hacer el esfuerzo de poder mirar el pasado sin prejuicios, permitiendo que sus mentes se tiñan sólo de lo que encuentren en él, sin duda es esperar demasiado. Sería ciertamente erróneo en esta fase inferir que es imposible el conocimiento objetivo del pasado, fundándose en que todos lo vemos a través de nuestros anteojos morales y metafísicos: queda por discutir la posibilidad de una síntesis de diferentes puntos de vista y de la inclusión de uno en

otro. No obstante, hay sin duda alguna razón, a primera vista, para un escepticismo histórico definitivo, razón que refuerza grandemente el espectáculo de las diferencias reales entre los historiadores. Ignorar por completo esa razón es enterrar la cabeza en la arena.

#### **4. RECAPITULACIÓN**

Quizá sea útil en este momento hacer una pausa en nuestra argumentación y ver dónde estamos. En la primera parte de este capítulo vimos que había alguna razón para decir que todo historiador mira el pasado desde su propio punto de vista, aserto cuya aceptación parecería adherirnos a una teoría subjetiva de la historia. Pero reconocimos que la expresión "punto de vista" debe ser sometida a análisis, y el examen que precede de los principales factores que inducen a los historiadores al desacuerdo se emprendió con ese propósito. Y como resultado de eso estamos ahora en situación de ver que "punto de vista" es el nombre de algo cuyos elementos constituyentes no son de ningún modo homogéneos. Hay algunas cosas en nuestros puntos de vista (por ejemplo, nuestros gustos y aversiones personales) de las que pensamos no sólo que podemos, sino que debemos, prescindir cuando nos ponemos a escribir historia. Pero hay también otras de las cuales es sumamente difícil prescindir —la total prescindencia de las cuales en realidad parecería imposible—, y ahí se plantea de la manera más aguda la cuestión relativa a si la historia puede proporcionar conocimientos objetivos.

Dado que en un punto de vista hay elementos de los que no puede prescindirse, nos encontramos ante varias teorías diversas de la historia. La primera y quizá la más fácil de sustentar afirmaría que los puntos de vista en el sentido que hemos analizado expresan actitudes subjetivas acerca de las cuales es inútil argumentar, y por lo tanto constituyen un obstáculo insuperable para el verdadero conocimiento del pasado. Esta es la solución del escepticismo histórico. La segunda, que propongo se la llame teoría de la perspectiva, admitiría la existencia de puntos de vista irreductiblemente distintos entre los historiadores, pero discute la conclusión de que esto excluya todo conocimiento objetivo del pasado. Su tesis sería que en historia hay que tomar la palabra objetividad en un sentido vago: podría decirse que una historia es objetiva si describe los hechos de una manera exacta desde su punto de vista, pero no de ningún otro modo. E historias diferentes no se contradecirían, sino que se complementarían entre sí. Finalmente, hay la teoría de que la objetividad en sentido riguroso pueden, después de todo, alcanzarla los historiadores, ya .que en principio de todos modos la posibilidad de encontrar un punto de vista que ganase aceptación general no puede rechazarse.

En lo que resta de este capítulo debo intentar un breve y temo que totalmente insuficiente estudio de las tres teorías. Empezaré con algunas observaciones sobre el escepticismo histórico.

## **5. ESCEPTICISMO HISTÓRICO**

No sé que ningún filósofo estimable defienda un escepticismo completo acerca del conocimiento histórico. Pero, por incongruente que pueda ser con el resto de su teoría, Collingwood anda cerca de hacerlo,<sup>4</sup> y la posición es tal que se

le ocurriría muy naturalmente a todo el que acepte el análisis de los diferentes componentes del punto de vista de un historiador expuesto arriba. Es indudable que negar que es posible el conocimiento objetivo de la historia humana tiene mucho de paradoja; pero, como veremos, otra explicación de la función de la historia contribuye a eliminarlo.

Describo el escepticismo histórico como una posición muy natural para todo el que acepte sustentar el análisis anterior sobre estas bases. En primer lugar, a causa de la opinión, tan común ahora que casi se ha convertido en un artículo de ortodoxia filosófica, según la cual los enunciados metafísicos no son, como los científicos, descripciones de características reales de hecho, sino, en el mejor caso, expresiones de actitudes sobre las cuales es imposible una argumentación racional. Y en segundo lugar, a causa de la aplicación de un análisis análogo a enunciados morales. Aquí el caso ha sido muy aclarado por la distinción que hace C. L. Stevenson<sup>5</sup> entre desacuerdo en las creencias y desacuerdo en las actitudes. Se señala que individuos que discuten sobre cuestiones morales pueden discrepar ya en su descripción de los hechos (es decir, en creencias) ya en su actitud hacia ellos (o en ambas cosas), y se sostiene que la impresión que todos tenemos de que hay algo real que argüir acerca de esas materias debe conectarse únicamente con la resolubilidad del primer tipo de disputa. Dos personas que inicialmente discrepan acerca de los hechos de una situación moral pueden, dadas la paciencia y la agudeza mental suficientes, llegar a ponerse de acuerdo acerca de ellos. Pero esto no pone fin necesariamente a toda la discusión. Pues aunque el cambio de nuestra estimación de los hechos de la situación *puede* modificar la actitud que adoptamos ante ella, no hay ninguna garantía de que será así. Y si no cambia, tenemos

que reconocer (así dicen) que las actitudes morales no son en absoluto materias de razonamiento.

No deseo discutir estas difíciles cuestiones en esta ocasión. Mi objeto al incluir el párrafo que precede es sólo mostrar al lector no filosófico el fondo de la opinión de que las creencias morales y metafísicas, supuestas tales, son, hablando estrictamente, totalmente no racionales: que las sustentamos no a causa de alguna penetración en la estructura de hecho, sino simplemente porque somos determinados a hacerlo por factores, ya en nosotros mismos, ya en nuestro ambiente, sobre los cuales no tenemos control. Muchos filósofos actuales por los medios simpatizarían con esa opinión. Pero si simpatizan (y ésta es mi tesis), creo que están en serio peligro «le caer en un escepticismo definitivo acerca del conocimiento histórico. Si mis anteriores afirmaciones son ciertas, dichos filósofos deben reconocer que detrás de diferentes interpretaciones históricas hay diferentes creencias morales y metafísicas, y sostener que dichas creencias son creencias en el sentido científico, pero nada más que expresiones de actitudes no racionales. De ahí se sigue que el pensamiento histórico tendrá para ellos algo irreductiblemente subjetivo, que inevitablemente teñirá todo intento de comprensión del pasado.

Algunos lectores considerarán estas opiniones tan extravagantes que no merecen ser tomadas en serio. Y ciertamente hay que admitir que aceptarlas implica aceptar la paradoja de que la historia no es en última instancia una rama del saber. Pero puede disminuir la paradoja si presentamos una interpretación diferente de la función de la historia. En vez de decir, como dijimos anteriormente en este libro, que el propósito primordial del historiador es descubrir la verdad acerca del pasado por ella misma, ahora debemos insistir en «jue la historia sirve a un

propósito práctico. La historia, diremos, no es tanto una rama de la ciencia como una actividad práctica. Y basaremos nuestro aserto en la observación psicológica de que los seres humanos, en el estado de civilización, sienten la necesidad de trazar un cuadro del pasado en interés de sus propias actividades presentes: que sienten curiosidad por el pasado y desean reconstruirlo porque esperan encontrar reflejadas en él sus propias aspiraciones y sus intereses. Como su interpretación de la historia está determinada por su punto de vista, este requisito se cumple siempre en alguna medida. Pero la conclusión que debemos sacar es que la historia proyecta luz no sobre los acontecimientos "objetivos", sino sobre las personas que la escriben; no ilumina el pasado, sino el presente. Y sin duda por esto cada generación encuentra necesario escribir de nuevo sus historias.

Puede observarse que la adopción de esta opinión sobre la función de la historia no es incompatible con dar gran importancia a los estudios históricos, como el caso de Collingwood, que por lo menos jugó con la idea, lo demuestra. A este respecto, en todo caso, la teoría escéptica puede ser defendida contra la crítica. Pero hay otra objeción posible a la que no es fácil encontrar solución, y es que la teoría borra la distinción que todos los historiadores de autoridad trazan entre historia y propaganda, que confunde (en el lenguaje del profesor Oakeshott) el pasado "práctico" con el pasado "histórico". Vimos antes que los historiadores piden una especie de objetividad y de imparcialidad en toda obra histórica que merezca este nombre, y rechazan construcciones del pasado que simplemente reflejan nuestras emociones o intereses como productos de un pensamiento-deseo. Tale» construcciones muy bien pueden tener una función (en realidad todos nosotros las mantenemos en alguna medida), pero sin duda no son historia.

Mas podría decirse que un partidario de la teoría escéptica no sacaría tale» conclusiones: para él todos los intentos de reconstruir el pasado tienen que ser propagandísticos, ya que todo» tenderán a promover nuestras actividades presentes.

Sin duda hay que conceder a la teoría escéptica que no hay nada parecido a una historia libre de prejuicio» subjetivos, y en esa medida sus partidarios deben aceptar la crítica aquí formulada. Pero, sin embargo, pueden tratar de evitar sus dificultades distinguiendo entre varias clases, o niveles, de propaganda, sosteniendo que ciertas clases son más viciosas que otras para el historiador.

Lo que resulta de esa sugerencia es que consideraremos la historia como una especie peculiar de juego que podemos jugar según las reglas si hemos de jugarlo correctamente. La dificultad respecto de las historias que todo el mundo reconocería como propagandísticas, a este respecto, es que los que las escriben siguen o violan las reglas para ajustarse a su propósito definitivo de producir cierta clase de efecto, mientras que los historiadores estimables piensan que los resultados obtenidos de esa manera taimada carecen de valor. Puede iluminarse la situación por referencia al caso paralelo de las actividades artísticas. Un artista que sólo quiso producir determinado efecto y no se preocupó de los medios con que lo hizo sería condenado como un charlatán o un exhibicionista por sus colegas. Un verdadero artista no se contentaría con resolver sus problemas si no es de acuerdo con las reglas de su arte. Análogamente en historia: el “verdadero” historiador, a diferencia del falso historiador, admitiría ciertas reglas objetivas (el respeto a los testimonios sería un ejemplo) de acuerdo con las cuales debe razonar, y podría distinguirse por su adhesión a dichas reglas. Pero todo esto podría sostenerse sin negar que la historia sea primordialmente una actividad práctica ni defender la

objetividad de la historia en cualquier otro sentido<sup>4</sup>.

Si se admite esta distinción, la teoría que hemos venido examinando ciertamente resulta mucho más plausible y atractiva. Pero puede decirse que admitir esa distinción es en realidad haber pasado totalmente a otra concepción de la historia: la teoría de la perspectiva mencionada arriba y que ahora voy a tratar.

## **6. TEORÍA DE LA PERSPECTIVA**

Los defensores de la teoría de la perspectiva convienen en que todo historiador mira el pasado desde su propio punto de vista, pero se apresuran a añadir que esto no impide que alcance algún conocimiento de lo que realmente sucedió. Su argumento sobre este punto es el sencillo razonamiento de que toda historia acabada es producto de dos factores: elementos subjetivos aportados por el historiador (su punto de vista) y los testimonios de los que parte, que debe (o más bien debiera) aceptar gústenle o no. Es indudable que la existencia del primer factor impide aun al mejor historiador resucitar el pasado como realmente fue, mas parece absurdo sostener a base de esto que toda su reconstrucción es radicalmente falsa. Una descripción más verdadera de la situación sería decir que todo historiador penetra de algún modo en lo que realmente sucedió, ya que a cada uno se le revela el pasado de acuerdo con su punto de vista. Vuelve a ser útil aquí la analogía con la actividad artística. Así como un pintor retratista ve su modelo desde su propio y peculiar punto de vista, pero se diría, no obstante, que penetra en cierto modo en la naturaleza "real" de aquél, así el historiador tiene que mirar el pasado con sus prejuicios, pero no por eso queda imposibilitado de todo conocimiento del mismo.

Es importante que veamos completamente claro qué es lo que pretende esta teoría, y a este respecto puede ser útil que nos

preguntemos en qué sentido es posible para un partidario de ella hablar de verdad histórica. El principal punto que hay que señalar aquí es que la teoría nos prohíbe plantear cuestiones sobre la verdad de diferentes puntos de vista en historia. Si se nos pregunta: “¿Cuál es más verdadera, la versión católica o la protestante de los acontecimientos de la Reforma?”, tenemos que contestar que no podemos decirlo. No hay, simplemente, un medio para comparar las dos interpretaciones, cada una de las cuales es completa en sí misma. El católico mira la Reforma desde un punto de vista y ofrece su interpretación de ella; el protestante la mira desde otro punto de vista y da una interpretación diferente. Como al fin y al cabo los puntos de vista no son materia de razonamiento (aquí los perspectivas se dan la mano con los escépticos), no podemos decir que uno es “objetivamente” mejor que el otro, y tenemos que reconocer que las versiones católica y protestante realmente no se contradicen entre sí, lo mismo que no se contradicen dos retratos del mismo individuo pintados por artistas diferentes. Y lo mismo podría decirse de las historias escritas en diferentes siglos con puntos de vista fundamentalmente distintos. Así, si nos atenemos a esta teoría no podemos preguntarnos si Mommsen captó mejor que Gibbon la historia de Roma; tenemos que decir que cada uno de ellos escribió con sus propios prejuicios y debe juzgársele en relación con ellos.

No obstante, los conceptos de verdad y objetividad conservan en esta teoría un sentido para el historiador. Y es así porque, dentro de todo conjunto dado de prejuicios, la obra histórica puede estar mejor o peor hecha. La historia hecha por propagandistas de partido para estimular la fe y convertir a los vacilantes es historia mala no porque sea tendenciosa (toda historia lo es), sino porque es tendenciosa de mala manera. Funda sus conclusiones a costa de olvidar ciertas reglas

fundamentales que todos los historiadores respetables acatan: examen minucioso de los testimonios, aceptar las conclusiones sólo cuando hay buenas pruebas de ellas, conservar la integridad intelectual en los razonamientos, etc. Los historiadores que olvidan estas reglas producen una obra que es subjetiva en mal sentido; los que las acatan están en situación de alcanzar la verdad y la objetividad en la medida en que ambas cosas pueden alcanzarse en historia.

De aquí resulta que la objetividad en historia, según la teoría de la perspectiva, sólo es posible en un sentido moderado o secundario. La situación puede aclararse una vez más por comparación con la idea de objetividad científica. Como vimos, los resultados científicos se consideran objetivos en el sentido de que pretenden ser válidos para todo observador que parte del mismo conjunto de pruebas. Detrás de esa pretensión está la idea de que los principios fundamentales del pensamiento científico son los mismos para todos los observadores, por lo menos en una etapa dada del desarrollo científico.<sup>3</sup> Pero no puede decirse que los resultados históricos tengan la misma validez, si es correcta la teoría de la perspectiva. La interpretación marxista de la historia política del siglo xix será válida, según dicha teoría, sólo para los marxistas, la interpretación liberal sólo para los liberales, etc. Pero esto no impedirá que tanto los marxistas como los liberales escriban historia de una manera que pueda llamarse objetiva, es decir, que intenten, dentro de sus prejuicios dados, construir una interpretación que realmente haga justicia a todas las pruebas que admitan. Serán relativamente objetivas y relativamente subjetivas las interpretaciones marxistas, y relativamente objetivas y relativamente subjetivas las historias escritas desde

---

<sup>3</sup> Estoy suponiendo que no existen una biología "soviética" y una física "burguesa".

un punto de vista liberal. Pero no habrá historias que sean absolutamente objetivas, del modo que pretenden serlo las teorías científicas.

¿Qué diremos de esta teoría en su conjunto? No puede negarse que tiene algunos méritos evidentes. Así, puede admitir ciertos puntos de continuidad entre historia y ciencia (por ejemplo, que ambas son primordialmente actividades cognoscitivas) sin perder de vista las importantes diferencias entre ellas; en particular, hace justicia a la convicción generalizada de que existen aspectos en los que hay que considerar a la historia tanto un arte como una ciencia. Ofrece una interpretación de la objetividad histórica que tiene el mérito importante de atribuir un sentido especial a ese evasivo concepto, en vez de fijar su significado únicamente por referencia a otros estudios. Y en general puede decirse que es mucho más simpática que la teoría escéptica, cuyas paradojas ejercen indudablemente una presión considerable sobre la credulidad humana.

Aun así, muy bien podemos dudar que la teoría dé a los historiadores todo lo que necesitan en el camino hacia una interpretación de la verdad histórica. Pues, cuando ya se ha dicho todo, sigue siendo imposible para sus partidarios admitir cualquier comparación, como no sea una comparación puramente técnica, entre diferentes versiones del mismo conjunto de acontecimientos. Toda historia dada puede ser criticada internamente por no tomar apropiadamente en cuenta esta o aquella prueba o testimonio; pero la teoría no nos dejará ir más lejos. Sin embargo, los historiadores constantemente van más allá, y consideran parte de su tarea hacerlo así: se critican unos a otros sus prejuicios e intentan valorar puntos de vista diferentes. No se contentan con detenerse en la admisión de una pluralidad de historias diferentes escritas desde diferentes

puntos de vista; siguen obstinadamente convencidos de que unos puntos de vista son más Sólidos, más cercanos a la verdad, más esclarecedores, que otros. Y creen que pueden aprender de las interpretaciones de sus colegas, aprovechándose de sus errores e incorporando a sus propias obras todo lo que allí encuentran de valor.

Es perfectamente posible, desde luego, que si los historiadores hacen esos supuestos, se engañen, simplemente; que confundan la crítica legítima y la ilegítima, cuestiones que pueden discutirse con provecho y cuestiones que no. Pero la existencia de esta posibilidad no nos dispensa de ver si puede encontrarse una explicación de la objetividad histórica que tenga en cuenta los alegatos que acaban de hacerse en beneficio de la historia. Y realmente no podremos aceptar la teoría de la perspectiva con alguna confianza a menos que se haya explorado y rechazado esta otra posibilidad.

## **7. LA TEORÍA DE LA CONCIENCIA HISTORICA OBJETIVA**

Podemos empezar señalando un argumento que brota de un simple desarrollo de la teoría de la perspectiva y que muy bien podría ser respaldado por muchos historiadores en activo. Dice ese argumento que a un historiador debe serle posible criticar prejuicios, ya propios o de otro, porque su conveniencia se deja ver claramente en los detalles de la obra histórica. Conjuntos de supuestos previos pueden juzgarse adecuados o inadecuados, verdaderos o falsos, en la medida en que nos permiten tratar las pruebas sobre las que están llamados a operar. Si trabajamos con un mal conjunto de principios guías nos vemos obligados a falsear o suprimir las pruebas en interés de una teoría preconcebida, y esto viola una de las reglas fundamentales del método histórico. A la inversa, un buen conjunto de supuestos

previos nos permitirá abarcar todos los testimonios disponibles y conectar diferentes partes de ellos.

Enunciado así abstractamente, el argumento parece bastante convincente, pero debemos preguntarnos si no debe su fuerza a un supuesto inconsciente que ya hemos visto como motivo de duda. Cuando decimos que los supuestos previos históricos pueden ser sometidos a prueba por su capacidad para hacer justicia a “la” prueba, ¿de qué prueba hablamos? Es demasiado fácil pensar que hay un cuerpo fijo de pruebas para todo conjunto de acontecimientos históricos que todos los historiadores admitirían, un solo dato del cual parten todos ellos cualesquiera que sean sus puntos de vista. Pero si hacemos ese supuesto, no es fácil justificarlo. Vimos en el capítulo 4 que la idea de testimonio histórico es difícil: que aunque los datos históricos son en un sentido independientes de los historiadores particulares, también es cierto que los historiadores tienen que decidir lo que van a tratar como prueba así como las inferencias que van a sacar de ella. Pero si esto es correcto, la teoría de la perspectiva no alcanza la extensión que se prometió arriba. Podemos decir, ciertamente, que ningún historiador puede negarse al deber de ofrecer una interpretación de todas las pruebas que admite, y el que los historiadores lo hagan es por lo menos una de las cosas que tenemos en cuenta al juzgar la obra histórica. Pero si un escritor particular decide que algo no es prueba para él (que, por ejemplo, un documento dado es una falsificación), no hay en última instancia nada que pueda hacer nadie acerca de eso. Y es precisamente aquí donde se presenta la dificultad de decidir entre interpretaciones históricas antagónicas. No podemos, como en efecto se nos incita a hacerlo, resolver la disputa por referencia a un cuerpo inatacable de datos, porque lo que es dato en una interpretación no lo es necesariamente en otra. Todo el que reflexione sobre las

interpretaciones marxista y antimarxista de la historia política reciente no hallará difícil echarlo de ver.

Así, pues, no es posible avanzar más allá de la versión anterior de la teoría de la perspectiva apelando a datos independientes, ¿Qué posibilidad queda? La única que se le ocurre al autor es que esperemos que se llegue definitivamente a un solo punto de vista histórico, a un conjunto de supuestos previos que todos los historiadores estén dispuestos a aceptar. Si esto fuera posible, el problema de la objetividad en historia se resolvería en sentido kantiano, por el desarrollo de una “conciencia general” histórica, por un modo uniforme de pensar sobre la materia de la historia.

No es ésta una solución nueva. La propusieron, en efecto los positivistas del siglo XIX cuando decidieron hacer científica la historia apoyándola en el estudio científico de la psicología y la sociología. La formuló de un modo diferente Dilthey en sus períodos primero y medio, en que sostuvo que detrás de la historia y de las disciplinas humanas en general hay una ciencia fundamental de la naturaleza humana, y el hacerla explícita era una tarea importante para todo el que se interesara por esas disciplinas. Y sería un desarrollo natural de la interpretación de la explicación histórica que ofrecimos en el capítulo 3 de este libro.

Sin embargo, si hemos de aceptar esta solución tenemos que hacerlo con los ojos muy abiertos: tenemos que ser conscientes de sus dificultades así como de sus atractivos. En particular, tenemos que reconocer que la realización del programa positivista, formulado por escritores como Comte, hizo poco o nada por acercarnos a un acuerdo sobre cuestiones históricas. Si es demasiado pronto para hablar de un conocimiento científico de la naturaleza humana, por lo menos podríamos pretender que tenemos los comienzos de ese conocimiento. Pero el desarrollo

de una “conciencia general” histórica basada en una verdadera estimación de las posibilidades de la naturaleza humana es algo que aún hay que buscar.

¿Por qué es esto? La respuesta estaría manifiesta en la argumentación de este capítulo. Hablando en términos generales, consiste en que, para la comprensión objetiva de la clase en que pensamos, el historiador necesita no meramente un conocimiento uniforme de cómo *se -porta* la gente en diversidad de situaciones, sino además una concepción uniforme de cómo *debiera* portarse. Necesita captar directamente no sólo su conocimiento factual, sino también sus ideas morales y metafísicas. La escuela positivista no apreció esta importante adición.

Hay actualmente muchos filósofos que dirían que un programa para proporcionar un conjunto uniforme de ideas morales y metafísicas no es simplemente de extrema dificultad, es francamente imposible de alcanzar. Sostienen que nuestras ideas morales y políticas nacen de actitudes no racionales, y preguntar qué conjunto de ellas es “racional” es hacer una pregunta que no puede contestarse. No querría yo caer en ese escepticismo acerca de la verdad moral y metafísica. I le sostenido en otra parte <sup>4</sup> que las disputas metafísicas pueden ser resolubles en principio si no en la práctica, y no estaría yo dispuesto a prescindir de la posibilidad de un acuerdo general también sobre principios morales, asunto sobre el cual dudo que se haya dicho la última palabra. Pero aun cuando pueda declararse que no es completamente imposible una solución de estos difíciles problemas, es evidente que no se llegará a ella en un futuro inmediato. Pero hasta que se cree una conciencia histórica objetiva, cuyos principios proporcionen un armazón

---

<sup>4</sup> *Heason atul Experiencc*, cnp. x.

para el pensamiento racional en historia, no puede ser más que una piadosa aspiración. Y si no puede realizarse no tenemos otra alternativa que replegarnos hacia la teoría de la perspectiva estudiada arriba.<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> T«ano que el argumento de esta parte sea muy confuso. Ix>s historiadores necesitan ciertamente referirse en su obra a aquello que se considera normal o apropiado, asi como a aquello que ocurre regularmente. Pero lo considerado en cuestión es por aquellas personas de las que escribe, y no lo que él personalmente considera. De ahí que el problema de una conciencia histórica uniforme, como se plantea aquí, no surja. Para otra manera en que la validez de los juicios de los historiadores se relaciona con el problema de la objetividad histórica, véase "Ensayo Adiciono!" A, *infra*, pp. 205 ss.